

LASOCIEDAD DELODIO

A pesar de que los europeos dejamos de ser mayoritariamente un pueblo de agricultores, debido a este impulso de modernización que nosotros llamamos revolución industrial y que otros sufrieron en su carne durante la era colonial, seguimos sembrando y cosechando a nivel mundial productos tan naturales como el odio, sin contar y con generosidad.

Ese es quizás el único bien que Occidente está dispuesto a compartir con el "Tercer Mundo" y con sus embajadores en nuestros países: los inmigrantes. Y no hay que negociarlo en las cumbres de la OMC ni en ningún G8 o foro de Davos sino que ya se da por hecho. Además, el odio es un bien que los Estados europeos subvencionan en su gran mayoría, como Francia, a golpes de viviendas sociales en barrios periféricos, migajas que nunca calmaron el hambre de quienes vinieron a este país para trabajar en la época gloriosa de la posguerra y se quedaron con las ganas de la "desintegración" que siempre ha caracterizado la política francesa de integración.

Si partimos de una base podrida como son las afueras, estas "tierras de nadie" donde nada crece sino los rascacielos, verdaderas fábricas de odio que producen diariamente noticias de coches quemados o de muchachas violadas y dan escalofríos de paranoia al país entero ¿Cómo podemos seguir hablando de unidad republicana y de ciudadanía homogénea?, ¿Cómo podemos seguir creyendo en la igualdad de oportunidades y en esta abolición de los privilegios que ocurrió una noche de agosto del año 1789, fundamentos de la identidad nacional francesa?

Pero ojo, es fácil ahora volver la mirada hacia Francia y condenar lo que está pasando, cuando eso también ocurre en España, en Alemania, y en todos los países que forman parte del maravilloso club de los países occidentales, blancos e industrializados. Lo que ocurre en el país galo no deja de ser el síntoma de una crisis profunda que todos compartimos. España ha acogido, o más bien, puesto que este término supone una actitud pro-activa que no caracteriza a la inmensa mayoría de la población, se ha visto desbordada por una ola de inmigración que no tuvo más remedio que acatar y reconocer, so pena de perder el control total de la situación. Además, optó por unos procesos de regularización muy discutibles, no tan dirigidos a los inmigrantes como a los empresarios, dándoles un protagonismo y unos derechos desmesurados a la hora de declarar a sus trabajadores ilegales.

Lo que ocurre en el país galo no deja de ser el síntoma de una crisis profunda que todos compartimos.

Y como ya están nacionalizados, como en Francia, donde los protagonistas actuales de las guerras urbanas que tienen todos los días servidos en sus medios preferidos mediante imágenes espectaculares. Son todos "ciudadano de pleno derecho", pues tienen que estar contentos y satisfechos, quizás con la misma alegría que los inmigrantes franceses, y por lo tanto España es un país donde reina la paz y la concordia.

La integración necesita de un papel muy activo, no sólo del Estado sino de la ciudadanía, y el odio que servimos regularmente a los "moros" y otros seres malvados nacidos del imaginario nacional, o a la "racaille" (los gamberros) como dijo el Sr. Sarkozy, Ministro del Interior de padres húngaros casado con una española, no es gratuito, ni tampoco nuestra voluntad, apartar a esta gente insistiendo en los trabajos de baja calificación como la panacea para "integrar" a estos competidores.

Tenemos que convencernos de una vez por todas que competir, Europa lo ha hecho de modo desigual, siempre, empleando por ello la fuerza militar para ocupar y seguir ocupando, como lo hace Francia actualmente en África, a sus países colonizados, que hoy en día llamamos "países amigos". Son amigos si se callan, claro, y por eso uno no sabe nunca si Venezuela y Cuba son amigos de España o no, eso depende de la agenda política. También seguimos compitiendo de forma desigual porque hoy en día, gracias a este pasado de pueblos colonizadores y a este presente de "relaciones de amistad" que mantenemos en el marco de la hispanidad o de la francofonía, (que en Francia se llama "grandeza") hemos acumulado un capital y tenemos una ventaja financiera y tecnológica que, igualada o no por otros países, no deja de ser monstruosamente injusta.

Por eso, no podemos seguir implementando sistemas de ciudadanía de segunda y tercera clase, en función del origen de los individuos, y debemos pensar que esta ola de inmigración nos la debemos a nosotros mismos y no a ellos, que han venido porque, de habernos alimentado durante siglos, no les quedan recursos para subsistir.

España tiene que entender esta situación, Francia la debe a esta misma política de discriminación laboral que se está planteando en nuestro país, fenómeno que a su vez provocará la segregación de una población que no tendrá otro remedio que ocupar los barrios más marginados de las ciudades españolas, entrando en conflicto con sus habitantes más necesitados, que competirán por los mismos puestos de trabajo. Una guerra entre pobres. Puede ser que justamente por esta razón algunos más afortunados decidan lavarse las manos y mirar hacia otro lado, y seguir explotando a esta minoría que viene fregar los platos de nuestras sociedades sobrealimentadas. Buen provecho.

§